



PASO DE
CEBRA

La pesadilla de la parcela

Joan Margarit / Carles Buxadé

*¿Me preguntáis por qué vivo en las montañas?
Yo sonrío callando, cerrado el corazón.
Las flores del duraznero, el agua silenciosa
me llevan a otro mundo que no es el de los hombres.*

Es poco probable que alguien relacione este breve poema¹ con cualquiera de nuestras urbanizaciones destinadas, en teoría, al personal sosiego y tranquila práctica del «nosce te ipsum». Parece, pues, ineludible cuestión previa una averiguación sobre si estas urbanizaciones pretenden, realmente, posibilitar, en un determinado periodo de tiempo, la forma de vida que aparece implícita en los versos citados.

Pero aún más primaria sería la cuestión de si *debe* esta parcela de la planificación soportar un transcurrir individual del tiempo como el que se acaba de exponer.

El conocimiento de lo que hubiese podido ser tiene un grado de certidumbre muy bajo, ya que, si se abandona la concepción mecanicista Laplaciana, «el azar y la necesidad» sólo permiten un conocimiento estadístico del futuro, asignando diversas probabilidades a las distintas alternativas. Este conocimiento no obstante, debe arropar, para quien lo considera, sus decisiones, aunque no siempre ocurra lo más probable:

Un anciano vivía con su hijo en un fuerte abandonado sobre la cumbre de una colina, y un día perdió un caballo. Los vecinos llegaron a expresar su pesar por este infortunio, y el anciano preguntó:

—¿Cómo sabéis que es mala suerte?

Pocos días más tarde volvió su caballo con una cantidad de caballos salvajes, y esta vez vinieron sus vecinos a felicitarle por esta muestra de fortuna, y el anciano respondió:

—¿Cómo sabéis que es buena suerte?

Con tantos caballos a su alcance, el hijo empezó a cabalgar en ellos y un día se fracturó una pierna. Otra vez llegaron los vecinos a expresar sus condolencias y el anciano respondió:

—¿Cómo sabéis que es mala suerte?

Al año siguiente hubo una guerra, y porque el hijo del anciano estaba lisiado no tuvo que ir al frente.²

Los posibles análisis de estas realizaciones no urbanas dependen de la forma de conocimiento que se admita.

Una concepción «newtoniana» acusará el carácter inevitable de todos los procesos, en este caso los de diseño, a partir de una realidad también justificable por una realidad anterior, y así sucesivamente. Dadas las ciudades dadas las urbanizaciones.

Una postura relativista pretenderá la obtención de las leyes que le permitan controlar los procesos que finalizan en la realidad de estas urbanizaciones. La cualidad final deseable de estos productos se escapa de la realidad objetiva y, por tanto, debe venir fijada por la magia de la subjetividad.

Queda finalmente el conocimiento estadístico que nos indica que lo más probable es que las urbanizaciones sean soluciones pergeñadas a unas ciudades que no funcionan.

Quizás lo más correcto sea pensar, a la vista de estas soluciones que son las urbanizaciones, que estamos más bien ante una reacción que ante una acción en busca de una forma de vida complementaria de la urbana, y que, por tanto, para «arreglar» las urbanizaciones sea preciso, como condición necesaria, el hacer correctamente habitables nuestras ciudades:

Lloro por mi ciudad, cada día más lejana...³

Aunque, mientras tanto, sigan siendo válidas las palabras del viejo poeta de Alejandría:

*No hay tierra nueva, ni mar nuevo,
pues la ciudad te seguirá,
por las mismas calles andarás interminablemente,
los mismos suburbios van de la juventud a la vejez
y en la misma casa acabarás lleno de canas.*

*... ..
Ah! ¿No comprendes
que al arruinar tu vida entera
en este sitio, la has malogrado
en cualquier parte del mundo?⁴*

J. M. / C. B.

1. Li-Po, S., VIII. Versión de Rafael Alberti.
2. Li-Tsé, S. IV a. C.
3. «Lamentación sobre la capital», K'iu Yuan (S. IV a. de C.).
4. Kavafis. Poemas.